

desendió á un *nopal*, que se alzaba en el centro de una laguna. Al caer sobre aquel asiento, pedestal de su soberbia, arrebató con su terrible garra una serpiente y la llevó á su corvo pico, oprimiendo á la víbora que se agitaba en las convulsiones de la agonía.

Esa figura arrogante simbolizó el imperio azteca, fué una prenda de conquista y hoy se ostenta orgullosa en el pabellon sagrado de México independiente.

## II.

A la derecha del edificio de la Inquisicion está el templo de Santo Domingo, cuyo convento era una sucursal de inquisidores, y tan distinguida orden contaba entre sus prohombres un virey.

La Inquisicion á la hora en que vamos á entrar en ella, tenia un pequeño farol casi en agonía, y sus patios y corredores estaban envueltos entre las sombras.

Las doce acababan de sonar en la torre de Santo Domingo.

En la portería del tribunal habia una guardia, y sentado en un sillón de vaqueta un alguacil de vigilancia.

La ciudad dormia profundamente, así como los guardas todos de la poblacion; las rondas habian cesado y el silencio no era interrumpido sino por esos ecos que nadie sabe de donde vienen ni qué los produce.

A lo largo de la calle de Medinas, adelantaba el paso una sombra, que tal parecia una mujer totalmente envuelta en su manto y con su saya escurrida.

Atravesó la plazuela y se llegó á las puertas del Santo Oficio.

—Ave María! dijo con voz gangosa.

—Por siempre alabada! contestó medio durmiendo el alguacil; ¿qué se ofrece?

## CAPITULO XII.

## EL ALGUACIL LANZAROTE.

## I.

La Inquisicion de México, ese edificio sombrío con sus paredes de tezontle y su gran fachada, está situado en el ángulo noreste de la plaza de Santo Domingo, esa plaza histórica en cuyo centro hay una fuente con una águila sobre un nopal, perpetuando el recuerdo de la fundacion de México por los aztecas.

Dice la tradicion que los pobladores de este encantado valle, que segun aseguran los geólogos se asienta sobre el apagado cráter de un volcan, determinaron levantar la ciudad en el sitio donde se parara la primer águila de las muchas que se cernian bajo aquel cielo bellissimo y despejado.

El águila no se hizo esperar.

Era una ave gigante cuyas alas tendidas al viento proyectaban una densa sombra que parecia acariciar el agua y deslizarse por los prados.

Revoloteó la reina del espacio algunos instantes y fatigada

—Nada, hermano, traigo aquí dos órdenes que presentar á vuestra merced.

—Veamos, respondió el alguacil, y se acercó al farol.

El alguacil era un hombrecillo pequeño, enjuto como una anguila, de ojos vivos como relámpago, cejijunto, con el labio inferior muy pronunciado y un bigote rubio y retorcido. Movía su cabeza de ganso entre la gola como un rehilete, y veía de continuo á todas partes.

—Bien, dijo al fin, elegid á quien quereis ver primero.

—A la mulata, señor Lanzarote.

—Cuidado, que puede ser la de Córdoba y escaparse pintando un barco en la pared.

—No digais majaderías, señor Lanzarote, que hasta se encrespan los pelos al escucharos.

—Vamos, señora, que tengo un sueño espantoso.

—Ya os sigo.

El alguacil atravesó los patios, ¡asillos y corredores y llegando á los calabozos sacó un manojo de llaves, vió el número que correspondía y abrió la puerta.

En el fondo de aquella cloaca estaba una mujer tirada en el suelo y casi desfallecida.

Unos enormes grillos puestos en sus pies le habian rozado el cutis hasta hacerle sangre, y sus manos estaban con esposas que las oprimian dolorosamente.

—Teneis una suerte decidida, diablo de bruja! dijo Lanzarote; aquí está la órden de libertad.

La infeliz Camila contestó con un hondo suspiro.

La vieja con una habilidad sorprendente ayudó á quitar los grillos y esposas á la mulata.

—Estás salvada, dijo la vieja al oido de Camila.

La jóven se estremeció; habia creído reconocer el acento de aquella mujer.

—Salgamos, hija mia, salgamos, que el señor de Lanzarote tiene que tomar una botella á vuestra salud.

Lanzarote alargó la mano y recibió una moneda de plata que la vieja le dejó caer.

—Marchaos y esperadme en la plazuela, dijo la vieja á la mulata; aun tengo que hacer una visita.

Camila salió del Santo Oficio y fué á sentarse en la puerta del atrio de la iglesia, pensando siempre en aquella mujer cuya voz le traía tan dolorosos recuerdos.

—Cual es el calabozo del señor Treviño? preguntó la vieja.

—Este, y no os permito mas de un cuarto de hora; ved que hace una noche de perros y quiero dormir.

—Descuidad, señor Lanzarote, con tres palabras que hable á ese reo es suficiente.

Lanzarote se fué á tomar su asiento en la portería de la casa, mientras la mujer se entró al calabozo de Treviño.

### III.

—¿Qué me quereis? preguntó asustado el portugues.

—Nada, os vengo á visitar.

—Y quién sois?

—Una mujer que desea salvaros.

Treviño no podia distinguir entre aquella oscuridad á la vieja; le parecia que la voz se alzaba de algun rincon del calabozo.

—Y bien?

—Podeis salir en libertad si consentís en comprometeros á lo que vengo á proponeros.

—Hablad.

—Llevais una cartera ó la teneis en algun lugar secreto, en que están unas cartas del señor don Blasco de Guevara.

—No, yo no tengo nada, me tendeis un lazo para dar conmigo en el tormento.

—No os alarmeis, querido señor Treviño, esos documentos servirán para salvaros.

—En caso de tenerlos me perderian; pero yo no poseo nada, ni conozco á ese caballero.

—Frágil sois de memoria.

—Pero decidme, en nombre de quien venís?

—En el mio, caballero, y lo creo bastante para tener el honor de ser recibida por vuesamerced.

El portugues guardó silencio.

—Va á llegar el momento de las declaraciones y os arrepentireis de no haberos prestado á mis insinuaciones.

—No sé de que me hablais, ni lo que quereis decirme.

—La cosa es mas que sencilla, hay una correspondencia entre un aventurero que comerciaba con los piratas africanos y un señor de Guevara complicado en el mismo asunto.

—Callaos, por compasion!

—Parece que nos entendemos.

—No; pero temo que esas palabras me lleven á ese tormento que es mi pesadilla.

—No seria muy difícil; indicadme el paradero de esas cartas.

—Cuál es vuestro interes?

—Qué os importa?

—Es que Guevara es mi amigo íntimo y no quiero comprometerlo; esa correspondencia seria un escándalo en la corte de Madrid.

—Y vos no sabeis que Guevara está en México?

—En México?

—Precisamente.

—Dios mio!

—Qué teneis?

—Nada, ese hombre me salvará á toda costa.

—Es que yo haré que no llegue á sus noticias vuestra desgracia; merced á ese nombre supuesto que llevais, será imposible.

—Os digo que calleis por compasion!

—Bien, callaré á precio de esas cartas; ellas están dirigidas á un hombre que no es conocido, ademas que una sola persona comprende la clave.

—Es verdad; pero esa mujer es mi enemiga y descubrirá esos crímenes que ya el tiempo ha envuelto en un sudario.

—Temeis á esa mujer?

—Ella puede llevarme al cadalso.

—Teneis cuentas pendientes?

—La fatalidad!

—La ingratitud!

—Dios mio! esa voz, esa voz otra vez!

La vieja lanzó una carcajada estridente y convulsa.

—Soy presa de un sueño horrible, murmuró Treviño.

—Las cartas, insistió la vieja.

—Me garantizais que saldré de estas mazmorras?

—Os lo afirmo.

—Y qué uso vais á hacer de esos papeles?

—Ya lo vereis mas tarde.

—Oidme por compasion.

—Hablad.

—Mi hermano se ha salvado merced á que no ha aparecido un solo documento que le condene, yo lo mezclé en esa trama infernal que rehusaba; pero su nombre está en estos papeles, ved que ellos le matarian.

—Descuidad, mis planes no se extienden hasta él, que goza de buena reputacion en la Península.

—Es que he oido murmurar su nombre en la corte de México.

—No hagais aprecio, hay muchos parecidos; ademas esa indagacion os haria sospechoso y mas aún en un lugar donde todo es espionaje.

—Pues bien, os voy á entregar los papeles; pero hacedme salir de aquí porque yo solo sé el sitio donde se encuentran.

—Juradme que no llevais encima esa cartera.

—Os lo juro.

—Yo te haré caer, pensaba la bruja, cuando ménos lo esperes.

—Qué pensais?

—Que es necesario un golpe de mano.

—Estoy pronto.

—Lo sé; á pesar de vuestra pretendida ancianidad sois fuerte como un oso; siempre estos hombres del mar son audaces hasta la temeridad.

—Que calleis os ruego!

—Nadie nos escucha.

—Indicad lo que tenemos que hacer.

—Llamo á ese raquíptico alguacil, lo encerramos en el calabozo, tomais su capa y sus armas, y punto concluido.

—Bien, llamadlo.

La vieja se fué en derechura á la portería.

—Maese Lanzarote, he concluido, venid á cerrar el calabozo.

—Andando, que ya me habeis molestado mas que si me hubieseis echado al *potro*.

—Jé! jé! jé! decia riendo la abominable vieja, estais de humor esta noche; sois gracioso, señor de Lanzarote.

El alguacil llegó al calabozo, reconoció al preso con la linterna sorda y dijo con arrogancia:

—Ya nos la pagareis, ojalá que pudiéramos quemar á todo el Portugal.

—No sería malo, dijo la bruja dando á Lanzarote un fuerte empellon por las espaldas, que lo hizo caer en medio del calabozo.

Treviño, desplegando una fuerza que no revelaba bajo su apariencia raquíptica, oprinió con una rodilla el pecho del alguacil, lo desarmó, le quitó la capa, y lo encerró en esa estancia donde la voz humana no encontró jamás un eco en sus aflicciones.

Bufaba rabioso Lanzarote; pero los calabozos distaban mucho del lugar donde estaba la guardia y no eran escuchados sus gritos.

—Estoy hechizado! una bruja me ha hecho maleficio! gritaba el infeliz dándose de calabazadas de furor impotente.

Treviño pasó entre los soldados sin ser conocido, la bruja dió las buenas noches y los dos personajes desaparecieron por uno de los ángulos de la plazuela.

## IV.

A la mañana siguiente el oficial de la guardia dió parte de que el alguacil de vigilancia Luis Lanzarote habia desaparecido.

Cuando el alcaide fué á dejar á los presos el alimento, no quiso detenerse en el calabozo de Treviño.

—Muérete de hambre, maldito portugues! carguen todos los diablos contigo! no te daré un pedazo de pan sino hasta la noche. Cómete las ratas, que bastantes hay en el calabozo, hereje del demonio!

Murmurando estas melifluas palabras se alejó el alcaide, dejando en situacion mas difícil á Lanzarote.

Llegó la tarde, y el desdichado alcaide abrió el calabozo.

Cual fué su sorpresa al encontrarse con el alguacil!

—Malditos seais, dijo Lanzarote, me teneis hecho un tigre enjaulado y hambriento.

—Dios mio! ¿pero qué significa esto?

—Significa que la bruja me ha hechizado.

—¿Qué bruja?

—La que vino anoche.

—¿Y el portugues?

—Se largó.

—Uf que responsabilidad! ¿pero por dónde?

- Por la puerta.
- Y cómo lo dejásteis salir?
- Porque me dejó encerrado.
- Me parece sospechoso todo lo que pasa aquí, tal vez os habeis vendido.
- Callad, porque os ahogo!
- Esa cólera me es mas sospechosa.
- Mirad que cometo un atentado!
- Eso es mas sospechoso todavia.
- No le busqueis tres pies al gato, porque----
- Nada, está bien, daré parte de lo ocurrido y disculpaos como podais.

—Vos teneis la culpa, os dormísteis como un podenco y yo por no despertaros fui á abrir el calabozo á la vieja.

—Pero con qué órden?

—Con ésta.

Lanzarote buscó las órdenes del inquisidor y de Guevara; pero la vieja habia tenido cuidado de extraérselas del cinturón luego que lo vió tendido en el suelo.

—Ya lo veis, murmuró el alcalde, todo ha sido obra vuestra; habeis relajado el órden de la casa, os aprehendo en nombre del Santo Oficio.

Un guanton dado sobre el rostro del alcaide, fué la respuesta á tal intimacion.

El alcaide vió las estrellas, y aunque ese espectáculo es grandioso, no le hizo mucha gracia que digamos, así es que dió contra Lanzarote con el manajo de llaves, rompiéndole el bautismo.

Esos fueron los primeros golpes, después continuaron tan rápidamente los subsecuentes que se volvió el calabozo un campo de Agramante.

Acudió la guardia, que para separar de una manera humanitaria á los combatientes les dió una de palos que en un tumbido de dados los desquebraja.

El oficial de la guardia del Santo Oficio, determinó encerrar á ambos en el calabozo para que se reconciasen ó acabasen el pleito pendiente.

Luego que el señor inquisidor recibió el parte de lo ocurrido, trató de echar tierra sobre el negocio, temiendo que apareciese su órden, y determinó que se levantase una informacion reservada sobre la fuga de Treviño, y se pusiese en absoluta libertad al alcaide y á Lanzarote, amonestándolos con que serian castigados severamente si volvian á romperse las narices.